

## «EL EXTRAÑO»

---

### ÚLTIMA MODA DE PARÍS

Sin pecar de jactancioso, me parece que puedo creer y decir que España, desde fines del siglo xv, y tal vez durante todo el siglo xvi, fué la primera nación del mundo. Y no sólo lo fué por su material predominio, descubrimientos, conquistas y extensión territorial de su imperio, el mayor que ha habido nunca, sino por la excelencia en las artes de la paz y de la guerra, de los ilustres varones que entonces produjo.

Nuestra decadencia fué rápida. Los autores que han procurado explicar sus causas no me satisfacen. Lejos de mí la soberbia presunción de querer enmendarles la plana. Lo único que me atreveré á indicar, no ya como causa única, sino como una de las causas de nuestra decadencia en el pensamiento, fué el habernos aislado, ó bien por engreídos ó bien por rece-

losos, de que nos inficionasen las herejías, contra las cuales combatió España gallardamente, procurando conservar ó reanudar el lazo unificante de la civilización europea y el soberano espíritu que hasta entonces la había informado.

Muy decaídos ya, vinimos á dar en el extremo contrario. Nos creímos atrasadísimos y entendimos, hasta cierto punto con razón, que para salir del atraso era menester alcanzar é imitar á las naciones que se nos habían adelantado.

Largo sería, y más difícil que largo, explicar aquí cómo deben ser esta imitación y este alcance. Lo único que yo diré es que en lo científico, el imitar y el alcanzar se comprenden, porque en lo científico cabe y hay progreso; pero en lo puramente literario y artístico no se progresa nada. El progreso no trae escultor que valga más que Fidias, ni lírico mejor que Píndaro, ni trágico mejor que Sófocles, ni orador más elocuente que Demóstenes, ni poeta más inspirado y elegante que Virgilio.

Considero, pues, absurda alucinación la de creer que las artes del dibujo y de la palabra, cuyo fin es crear la belleza, vayan perfeccionándose y mejorándose con el tiempo. Antes bien, me inclino á maravillarme más por lo mismo que son menos reflexivos y artificiosos, y más inspirados y espontáneos, de los himnos

de Rig Weda que de las odas de Víctor Hugo, y del Prometeo de Esquilo que de *Hernani* ó de *Lucrecia Borgia*.

Traigo á cuento todo lo que va dicho, con ocasión de las *Academias* del Sr. D. Carlos Reyles, notable escritor uruguayo. *Academia* viene á ser equivalente de novela corta, y se funda este título en uno de los significados que da nuestro Diccionario á la palabra *academia*, y que es como sigue: *figura desnuda diseñada por el modelo vivo*.

En una extensa carta literaria que dirigí hará tres ó cuatro meses á *El Correo de España*, en Buenos Aires, discurrí muy por extenso sobre la primera *academia* del Sr. Reyles, titulada *Primitivo*.

El mérito indisputable de este señor y la novedad exótica de su arte de escribir novelas me mueven á discurrir también por extenso sobre su segunda *academia*, titulada *El Extraño*, y á juzgar, por varias razones muy interesante, este estudio.

Ya se entiende que si yo no creyera en el valer literario del Sr. Reyles, nada bueno ni malo diría acerca de sus obras. Si las censuro es por creer que el autor vale, aunque anda harto extraviado.

Su extravío proviene de la ya mencionada enfermedad epidémica, nacida del menosprecio con que miramos á nuestra nación ó á nues-

tra raza, y que se nota, por fortuna, más que en España, entre los escritores hispanoamericanos. Consiste la enfermedad en cierto candoroso y desaforado entusiasmo por la última moda de París en literatura, como si en literatura estuviesen bien las modas y como si en literatura se fuese progresando siempre, como se progresa en cirugía ó en química y mecánica aplicadas á la industria.

Sin duda que, en mi sentir, nadie ha escrito hasta ahora una más hermosa novela que el *Don Quijote*, aunque yo no niego que podrá un día escribir alguien otra mejor novela; pero esta mejor novela no lo será porque se haya progresado, sino porque Dios ó la Naturaleza, la Providencia ó el Acaso, hará que nazca, en Rusia, en Suecia, en Francia, ó quién sabe dónde, un novelista más ingenioso, más profundo y más ameno que Miguel de Cervantes.

De todos modos, la mejor novela que hoy se escriba, no lo será porque se funde en una estética recién descubierta, y porque se ajuste á determinados procedimientos á la última moda de París, sino que será la mejor novela por la propia, libre y tan poderosa como juiciosa inspiración de quien con entendimiento tan sano como grande acierte á escribirla.

Yo no entiendo de música é ignoro lo que podrá ocurrir en lo futuro con relación á la música; pero sobre literatura, aunque también

entiendo yo poco, entiendo lo bastante para estar segurísimo de que no es dable en cierto sentido la literatura del porvenir. Se cae de su peso que la literatura, reflejo de creencias, doctrinas, costumbres y leyes, aspiraciones, temores y esperanzas de cada época, varía tan á menudo como varían todas estas cosas en el seno de la sociedad humana. En este sentido, la literatura del siglo XVIII, con relación á la del siglo XVII, fué literatura del porvenir, y la del siglo XIX lo fué con relación á la del siglo XVIII, y la del siglo XX lo será con relación á la de nuestro siglo; pero no es esta perogrullada lo que quiere expresarse cuando se habla hoy de literatura del porvenir. Lo que quiere expresarse es la aparición de escritos tan profundos y sutiles que los de Homero, Dante, Virgilio, Ariosto, Shakespeare, todos nuestros grandes dramáticos y los dramáticos griegos, en suma, cuanto hay de conocido hasta ahora y puesto en letra de molde, sea fruslería insubstancial, superficial y *epidérmica*, que de tal la califica el Sr. Reyles, comparado con lo que ya se va escribiendo y con lo que se escribirá en adelante, si Dios no lo remedia, ajustándose á los patrones, cánones y moldes que vienen de París, ora inventados, ora aceptados y autorizados allí, aunque vengan de Alemania, de Rusia ó de Suecia.

Todavía hay en este nuevo arte literario que

el Sr. Reyles sigue, algo que me choca más que la supuesta superioridad de las obras, por virtud de progresivo desarrollo. Lo que me choca más es el propósito de que las novelas, cuentos, *academias* ó como quieran llamarse, no se han de escribir para deleitar y pasar agradablemente el tiempo con su lectura, sino para mortificar, aterrar y compungir á los lectores, como con una pesadilla tenaz y espantosa.

Y si esto fuese para hacernos aborrecer el mundo y todas sus pasiones, alborotos, pompas y vanidades, el caso tendría explicación, salvo que yo, en vez de llamar novelas á los libros que así se escribiesen, los llamaría obras ascéticas, materia predicable, homilias ó libros de moral severa y adusta, como *Los gritos del infierno*, los *Casos raros de vicios y virtudes*, las *Agonias del tránsito de la muerte* y los *Es-tragos de la lujuria*.

Por desgracia, esta literatura á la moda no puede ser así, porque para ella la moral, si la tiene, no se funda en ninguna religión, ni en ninguna metafísica, y el vicio y la virtud vienen á ser productos tan naturales y tan inevitables como el vitriolo y el azúcar.

Tampoco me conformo con los tipos ó personajes que surgen de tales doctrinas, que las profesan, y que así ellos como el autor que los ha creado, entienden que son refinadísimos,

exquisitos, aristocráticos de una flamante y peregrina aristocracia, y en todo superiores á los rastreros, vulgares y timoratos burgueses.

La segunda *academia* del Sr. Reyles saca á la palestra y pone en acción á uno de esos disparatados seres sublimes, llamado Julio Guzmán. El autor, en mi opinión, aspira á que admiremos á su héroe; pero sólo logra que nos parezca insufrible, degollante y apestoso. Es cómica, sin que el autor lo quiera, la pretensión de hallar inauditas novedades en los refinamientos y quintas esencias con que la moderna cultura presta hechizos supremos á la lascivia.

Yo entiendo, y todo el mundo entenderá lo mismo, si bien lo recapacita, que en el vicio mencionado, así como en todos los demás, no ha habido el menor progreso desde las edades patriarcales. Lot y sus hijas, Dina y el príncipe de Siquén, los habitantes de Pentápolis, la señora de Putifar y los caballeritos *dandies* y *gomosos*, que vivían en Bactra, en Ur ó en Menfis, sabían cuanto hoy pueden saber en punto á voluptuosidades todas las ninfas de París y sus mantenedores y parroquianos. Cuando uno recuerda á Oala y á Oliba de Ezequiel, la *Nana* de Zola es una paloma sin hiel, es una inmaculada cordera. Y cuando uno trae á la memoria los linimentos, pomadas, aromas,

afeites, mudas, untos y frotaciones, con que durante un año iban adobando á las más lindas muchachas antes de presentarlas al rey Asuero, todos los refinamientos, primores, adornos y zahumerios de que puedan valerse las más alambicadas ninfas de París, son la propia ordinariez y la más vulgar *cursilonería*.

Las artes *cosméticas* é indumentarias y todas las demás invenciones, trapacerías y mañas, provocantes y fomentadoras del erotismo, habían llegado á la perfección hace más de tres mil años y desde entonces nada han adelantado. El más curtido y experimentado en amor de todos los mozalbetes que viven en París, no podría describir con mayor exactitud que el divino Homero los medios de seducción de que se vale una mujer para engañar, enloquecer y adormecer á su marido ó á su amante. Dígaseme si Juno no estaba bien industriada en todo ello, cuando para encender en deseos frenéticos el corazón de Júpiter, se puso el cinturón de Venus y subió á la cumbre del Gárgaro. Onfale hizo hilar á Hércules; Dalila cortó á Sansón los cabellos y Elena suscitó una guerra espantosa que duró diez años. A ver si estas señoras, y muchas otras de que están llenas las historias sagradas y profanas, no sabían dónde les apretaba el zapato, en cuanto se refiere al arte cuyas reglas fundamentales puso Ovidio en verso.

Pero volvamos á Julio Guzmán *el extraño*, y pongamos término á las divagaciones.

El suceso que presta asunto á la novela ó *academia*, es harto frecuente en la vida real. Durante la mía, que ya no es corta, he visto yo docenas de casos parecidos: una mujer que, ya por una razón, ya por otra, casa ó se propone casar con su hija, con su sobrina ó con su hermana, al hombre de quien está ó estuvo enamorada y con quien tiene ó tuvo pocas relaciones. Esto, aunque frecuente, es bellaquería de marca mayor, que nunca debe disculparse: pero menos disculpa tiene el arrepentirse por tan desmañada manera, que el galán á quien quiere casar su enamorada, mate á disgustos ó poco menos, así á dicha enamorada como á la novia que le ha buscado. Y todo ello por exceso de amor, porque él está prendado de ambas y porque se encuentra, aunque sea innoble comparación, que suplico se me perdone, como burro entre dos piensos.

En resolución, Julio Guzmán, á quien su querida Sara se allana á casar con su hijastra Cora, se arregla de suerte que causa la infelicidad de Cora y de Sara y se queda sin la una y sin la otra. No debiera, pues, llamarse Julio Guzmán, sino Pedro Urdemalas. Lo cierto es que en esta academia de *El Extraño* todos son infelices. ¿Y cómo no ha de serlo *el extraño*, y

cómo no ha de hacer infelices á cuantos le rodean y á cuantos se interesan por él, cuando es víctima de una vanidad ridícula y de las más indigestas doctrinas pesimistas, materialistas y ateístas?

Y es lo singular que, después de todas mis censuras y después del mal efecto que me produce la multitud de insufribles galicismos que hay en *El Extraño*, todavía persisto en ver en el autor muy notables prendas de novelista. Sólo las desluce la manera de escribir á la última moda y de imaginar que hay novedad y mejora en ello.

Hasta el desencanto, la desesperanza y el hastío que pueda tener Julio Guzmán, valen poquísimo, en comparación de los que tres mil años antes tuvo Salomón, según el *Eclesiastés*.

Afortunadamente, en nada malo hay novedad, ni cabe progreso. Tal vez pueda haber novedad y tal vez quepa el progreso en lo bueno. Si la literatura del porvenir así lo entendiese y así lo buscase, más razón tendría de ser y yo no me atrevería á censurarla. La censura, porque hace lo contrario.

Aun en los tiempos en que la mente humana imaginaba divinidades tiránicas y crueles, los grandes poetas, sobreponiéndose á la consoladora creencia, buscaban y hallaban un final desenlace, trascendente y dichoso, para sus tragedias más horribles, dejando á la Pro-

videncia justificada y glorificada. Así Minerva ahuyenta á las Furias y devuelve á Orestes la paz del alma, y así Prometeo es libertado y salvado por el hijo mismo del dios que tan horriblemente le castigaba.